

## EL MÉXICO QUE VIO MAX AUB

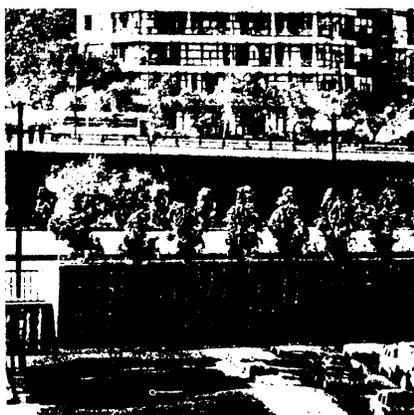
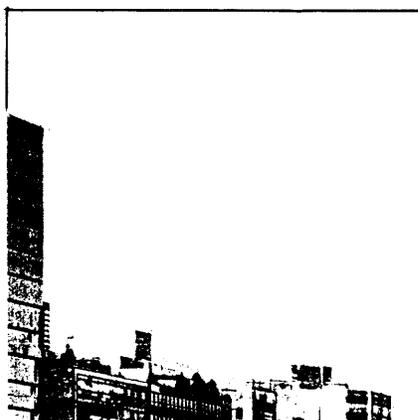
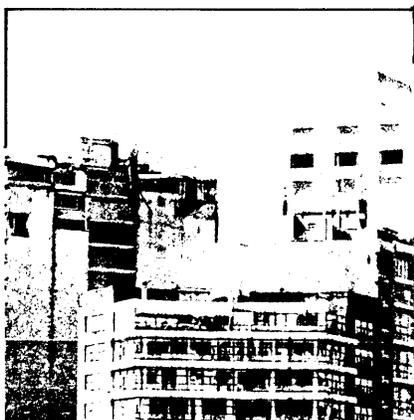
Oscar Mata

**C**ONOCÍ a Max Aub un jueves de 1970 o 1971. Fue un jueves porque ese día se celebraban las comidas semanales de mi tío Jorge González Durán y Alí Chumacero, su amigo de toda la vida. Esa vez el buen tío no llegó por cuestiones de trabajo (esos papeles, esos malditos oficios que se acumulaban sobre su escritorio y que le impidieron hacer su obra, tan espléndidamente iniciada con *Ante el polvo y la muerte*, editada en 1945 por la UNAM) y no pudo recibir de Max Aub un ejemplar de las “Notas mexicanas”, dedicadas por el autor. Las obras de Max Aub ocupaban un buen espacio en la biblioteca del tío, quien comentaba: “Este hombre me invade”. Y literalmente así fue: cada nueva obra le era entregada, con la respectiva dedicatoria, de no más de dos renglones y nunca fechada. En total llegaron a ser 37 volúmenes, que ocupaban una extensión de casi tres jemes, entre los que había 4 separatas de la revista *Papeles de son Armadans* y un curioso *Juego de Cartas*, escrito por Max Aub e ilustrado con dibujos de Jusep Torres Campalares. Se trata de un juego de barajas, que en vez de las figuras y los números tiene los dibujos de Torres C., y del otro lado un texto breve de Max Aub.

Varias personas pueden jugarlo y “Gana el que adivine quién fue Máximo Ballesteros”. Esta curiosidad fue editada por Alejandro Finisterre, en México, D.F. Si bien el tío nunca leía los libros que le regalaba Max Aub —lo leeré después que muera, solía decir—, el escritor español se encargaba de que tuviera una idea de su producción, ya que siempre se las ingeniaba para que mi tía Pina fuera la anfitriona en unas veladas en las cuales Max Aub leía fragmentos de su última obra a un grupo de personas seleccionadas e invitadas —a la casa de los tíos— por él.

A sus casi setenta años, Max Aub —a quien siempre vi enfundado en trajes de casimir color claro, camisas blancas, corbatas delgadas y sacos rectos de dos botones— se mantenía en plena actividad. Lo común era que siempre trabajara en dos o más proyectos simultáneamente, para lo cual contaba con el apoyo de dos secretarías, a las cuales dictaba ya una novela, ya una obra de

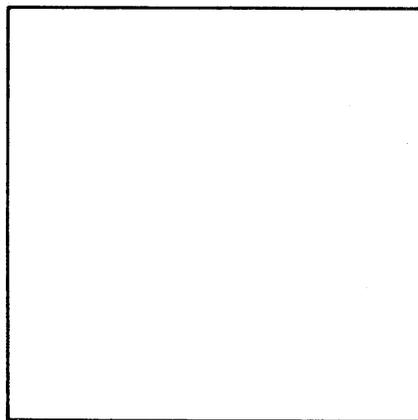
teatro, ya un guión cinematográfico. Había llegado a México en 1942, a los 39 años, y siempre vivió en un departamento situado en el número 5 de la calle de Euclides, a media cuadra de Mariano Escobedo, a la altura de Liverpool, en la colonia Polanco, donde día tras día hizo uso de la palabra. No resulta gratuito que haya escrito en la nota preliminar a *Retrato de un general*, que Joaquín Mortiz publicó en febrero de 1969, dentro de su serie “Obras incompletas de Max Aub”, que de alguna foma completan la edición de sus *Obras completas* hecha por Aguilar, que obviamente presentaron no pocas ausencias, debidas al tiempo y a la incansable actividad del autor, lo siguiente: “Para algunos escritores todo es, hoy, mirarse en otros: definición de la literatura que, por ahora, carece de vigencia entre los que gustaron de vestir a la última; lo que para mí es imposible...”<sup>1</sup> Era un hombre activo y al tanto de lo que le rodeaba. Esa tarde de jueves comentó con Alí Chumacero la noticia que había aparecido esa mañana en todos los periódicos: ya se contaba con videocasset y máquinas reproductoras que muy pronto serían producidos en serie, por lo que en pocos años la gente podría ver lo que deseara a la



hora que quisiera. Sobre todo se verán películas de cine, auguró el incansable prosista.

Las "Notas mexicanas" de Max Aub, cuyo ejemplar número 25 me regaló y dedicó así: "de Oscar Mata, auguri, Max Aub", fueron publicadas en el número CLXXIII, agosto de 1970, de *Papeles de son Armadans*. La tirada aparte, separata, consta de 50 ejemplares numerados y tiene como pie de imprenta Madrid-Palma de Mallorca, MCMLXX. El texto, que ocupa de la página 164 a la 183 de la revista, es una "Carta de un turista a un europeo que le preguntaba cómo era México". Fernando del Paso, otro trasterrado como Aub, dice que los extranjeros nunca dejan de ser extraños en las tierras en las cuales se exilian, no importa la cantidad de tiempo que pasen en los países donde fueron a vivir. Esta extrañeza les confiere una visión *sui generis* de su nuevo entorno: son extraños que miran de una forma extraña lo que los natura-

les del lugar —indios o indianos, europeos o europeizantes— consideran natural. Max Aub pasó 32 años de su vida en México; aquí realizó la mayor parte de su copiosa obra y dejó descendientes, tanto hijos como nietos. Sin embargo, jamás abandonó su visión europea de nosotros y de nuestro país. De esto dan fe sus "Notas mexicanas", fruto de más de un cuarto de siglo de residencia en este valle del Anáhuac,

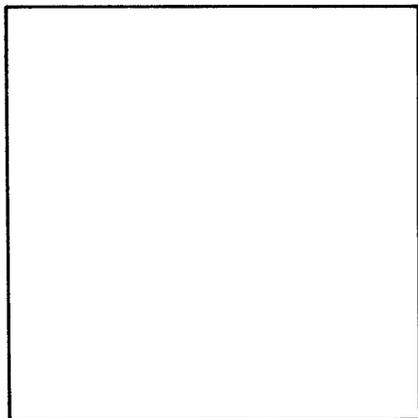


en las cuales un europeo le dice a otro europeo cómo es México. El texto tiene el tono de la confidencia incidental; Aub hace sus observaciones y comentarios pasando de un tema a otro con la mayor libertad, sin apegarse a orden alguno; su misiva está compuesta por 37 apartados, el más extenso, a su vez dividido en 7 partes, trata "De la Revolución", en la que ve algo "extraordinario: que venciera el pueblo".<sup>2</sup> Sin embargo, no es el aspecto político el que ocupa su atención, acaso porque en su calidad de extranjero no podía participar en la actividad política mexicana, y en su suelo natal la dictadura franquista había convertido a su patria en una "gallina ciega". Al contrario de lo que sucede con la inmensa mayoría —por no decir todas— de las visiones de los centenares de escritores extranjeros sobre México, que son puestas en el papel simultánea o inmediatamente después de la estancia del autor en nuestro suelo, la de Aub es una visión ya decantada, que tiene tras de sí una larga residencia en México. Su visión de México cuenta con el apoyo de una certeza fundamental, que le permite aprehender a plenitud, no obstante lo parco y deshilvanado de su texto, la realidad mexicana: "... un racionalista que quiere amar a México debe renunciar a muchas cosas. Sólo así se salva uno".<sup>3</sup> A México no hay que comprenderlo, simple y sencillamente porque resulta imposible hacerlo; la admiración y el cariño son otra cosa. De esta forma, logra establecer algunas características mexicanas, que contraponen a las europeas. Una de ellas es la poca importancia que se le da al dinero, debido a la pobreza de la mayoría de la población. Otra es la amistad —casi hermandad— que se da entre los hombres, producto de su "falta de confianza en las mujeres". Max Aub la considera un gran bien y señala que, entre nosotros, el concepto de grupo "alcanza fuerza casi indestructible. Sólo el ejercicio del poder puede, a veces, con él".<sup>4</sup> De ahí que ser amigo de fulano, su compañero de banca, abra cualquier puerta, con-



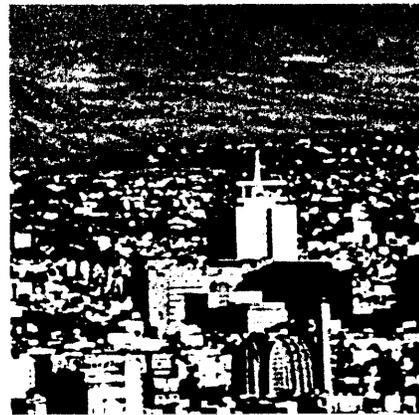
duzca a los más altos niveles; de ahí también, al contrario, que los amigos sean unos genios —por el solo hecho de serlo— “y los demás hijos de la tiznada”, en una intolerancia que no juzga por la calidad sino por la relación humana. Para el escritor peninsular, de ninguna manera es un mal que el mexicano sitúe a la amistad ante todo, sin importar la verdad. También le llama la atención que, por mero afán de servicio, haya profesionales de primer nivel que impartan clase a las siete de la mañana o a las ocho de la noche, y que todas las personas intelectualmente destacadas hayan de una u otra forma servido al Estado mexicano. Eso constituye una lección para alguien que debió abandonar su país debido a una lucha intestina. Sin embargo, la porción más interesante de las acotaciones de Max Aub con respecto a México está relacionada con el tiempo.

Si para los antiguos mexicanos, principalmente los aztecas, el transcurso



del tiempo era una cuestión de capital importancia, un verdadero asunto de estado en un suelo que de vez en vez se convulsionaba y cuyo sol podía no aparecer ya más, para el peninsular trasterado la cuestión es muy diferente. Así inicia su descripción de México: “Si aquí no hay estaciones, ¿cómo quieres que sepan lo que es el tiempo?”<sup>5</sup> Y agrega en el segundo párrafo: “El indito se está quieto, es bonito, pequeño; luego no acaba de crecer del todo, sin saber lo que es el tiempo, o si vale o no, porque aquí, el verano y el invierno se parecen a la primavera y al otoño; pasan desapercibidos, escondiéndose los unos de los otros...”<sup>6</sup> Gracias al tiempo, o más bien dicho a esta falta de tiempo, México es capaz de engullir a todo y a todos, con ese ritmo semilento que ya advertía Malcolm Lowry a finales de los años treinta: a sus gobiernos y a los estadounidenses, que para el ibérico no pasan de ser una amenaza menor. A pesar de ellos —extranjeros y mexicanos en el poder— México permanecerá en su carácter de país lleno de colorido y con valores poco entendibles para los que no son naturales de aquí. Más adelante ahonda en el asunto: “Gran diferencia: en Europa dependemos del tiempo, aquí el tiempo depende de nosotros. Allí nos atemperamos a su falsilla, aquí lo arrastramos ‘a como dé lugar’. Allí rige, aquí carece de importancia”.<sup>7</sup> Y prosigue: “Los mexicanos son gente revuelta por falta del concepto del tiempo, lo mezclan todo con un sentido igualitario, democrático, muy de tener en cuenta: la anarquía en la sangre, producto excelente del mestizaje”.<sup>8</sup> El tiempo también está relacionado con el silencio de la raza: “Muchas veces calla también con los actos: no hace, deja hacer. Confía en el tiempo, que para él no existe. De ahí la imposibilidad, raíz vernácula...”<sup>9</sup>

Max Aub consideraba que “México tiene todavía medio cuerpo enterrado”.<sup>10</sup> Sus “Notas mexicanas” constituyen un magnífico esbozo de lo que pudo haber sido un espléndido análisis de nuestro país, en el cual el co-



nocimiento se hubiera entreverado con la perspectiva europea, sabiamente decantados por el tiempo. Sin embargo, los días —que no las palabras— terminaron para el escritor hispanomexicano, que murió pocos meses más tarde.

#### NOTAS

<sup>1</sup> Max Aub, *Retrato de un general*, México, Joaquín Mortiz, 1969, pp. 10-11 (Obras incompletas de Max Aub).

<sup>2</sup> Max Aub, “Notas mexicanas”, Madrid-Palma de Mallorca, separata de *Papeles de son Armadans*, No. CLXXIII, agosto de 1970, p. 177.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 175.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 165.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 163.

<sup>6</sup> *Loc. cit.*

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 169.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 170.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 171.

<sup>10</sup> *Loc. cit.*

